

Cinco miradas históricas sobre la nueva evangelización

Alfredo Verdoy, SJ

Profesor Propio Adjunto en la Facultad de Teología. Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

E-mail: averdoy@teo.upcomillas.es

Recibido: 8 julio 2013
Aceptado: 15 julio 2013

RESUMEN: En este texto se presentan cinco miradas históricas sobre la evangelización y la misión de la Iglesia. Cinco momentos históricos en los que el fervor, la predicación, el liderazgo apostólico de religiosos y sacerdotes supieron llevar al pueblo cristiano a la persona de Cristo y desde él construir una sociedad cristiana. Cinco momentos históricos en los que los laicos, conforme fue pasando el tiempo, fueron teniendo un mayor protagonismo en la nueva evangelización de la Iglesia.

PALABRAS CLAVE: nueva evangelización, Año Santo, Reforma Católica, Restauración Católica, civilización cristiana, laicos.

Five historical views over the new evangelization

ABSTRACT: This text presents five historical views over the Church's evangelization and mission. In these five historical moments fervor and preaching apostolic leadership of religious people and priests could bring Christian people closer to Christ and could build a Christian society through God. As time has gone in these five historical moments the laity have taken on a greater role in the Church's new evangelization.

KEYWORDS: new evangelization, Holy Year, Catholic reform, Catholic restoration, Christian civilization, laity.

Evangelización y misión, misión y evangelización constituyen las dos caras, los dos rostros si queremos, de la Iglesia. No hay Iglesia sin misión; no hay evangelización sin Iglesia. Una Iglesia que dejara de evangelizar, de estar en misión sería una Iglesia muerta, sin presente y sin futuro.

No está en nuestro ánimo recorrer las grandes etapas evangelizadoras y misioneras de la Iglesia; en este breve texto nos vamos a conformar con presentar cinco momentos, momentos decisivos por otra parte, en los que la Iglesia, consciente de las dificultades que entraña la evangelización, refle-

xiona sobre el qué, cómo, por qué y cuándo de su esencia evangelizadora. Reflexión tanto más necesaria cuanto que la Iglesia ha necesitado y necesita adaptar su evangelización y misión a las nuevas coyunturas históricas, a las nuevas sensibilidades sociales y religiosas, dialogando y asumiendo las no menos nuevas e impactantes técnicas de comunicación.

Antes de enumerar las cinco experiencias evangelizadoras a las que antes nos referíamos, una pequeña aclaración sobre el subrayado que en este texto queremos darle al término evangelización. No nos referimos, de manera expresa, a la misión *Ad Gentes*; nos referiremos, más bien, a lo que Benedicto XVI, con ocasión de la apertura de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos, que lleva por título *La Nueva Evangelización para la transmisión de la fe cristiana* y al contenido de algunas de sus homilías posteriores, aludía: a la transformación de la vida de muchos cristianos en un desierto, que, hoy más que nunca, debe ser evangelizada. Evangelización que pasa por el testimonio de una nueva existencia cristiana y que, a su vez, es capaz de mantener «el evangelio y la fe de la Iglesia», gracias al ejercicio de tres pilares que el mismo Benedicto XVI con-

sidera imprescindibles: «la liturgia, sobre todo en la Eucaristía dominical; el testimonio personal e insustituible de cada cristiano, y la lectura frecuente de la Sagrada Escritura»¹. Evangelización, como se habrá podido apreciar, no precisamente de personas que no hayan conocido a Cristo, sino de personas y fieles cristianos que por el propio desgaste de su fe, necesitan un nuevo fervor, una nueva misión de los que resurgirán su propia redimensión personal, social y eclesial.

La historia de la Iglesia, desde su inicio, ha estado llena de iniciativas y apuestas, salvando las distancias, parecidas. Unas veces se buscó el fervor, otras la misión y un mayor compromiso y siempre la confirmación de la vida de fe en un mundo y una Iglesia cambiantes. Por su relevancia histórica y por la proximidad aun en la distancia espacio-temporal con el fenómeno evangelizador de nuestro hoy, hemos seleccionado, como decíamos anteriormente, cinco momentos de la historia evangelizadora: la apuesta evangelizadora de los llamados Años Santos; la Reforma Católica de los siglos XVI y XVII; las misiones populares y la reevangelización de la Europa postrevolucionaria del siglo XIX;

¹ *Ecclesia* (2012), 1505-1507 y 1624-1631.

los intentos de construir, en medio de una fuerte competencia exterior e interior, finales del siglo XIX, una civilización cristiana y, finalmente, la proliferación de iniciativas y ensayos llevados a cabo por los fieles católicos, siempre con la bendición y visto bueno de la Iglesia, en los duros años anteriores y posteriores a la Primera Guerra Mundial.

1. El Año Santo en clave de nueva evangelización

La historia de los Años Santos comienza el año 1300. El primer papa que los convocó fue Bonifacio VIII. El jubileo del primer Año Santo, época en la que la unidad de la Iglesia estaba más que consolidada y lo cristiano y la cristiandad constituían el fundamento de la vida social, escondía, en medio de múltiples causas, una razón apostólica y evangelizadora. Dado que los peregrinos cristianos no podían acceder a Tierra Santa, qué mejor que visitasen Roma, la ciudad de los mártires y cabeza de la Iglesia, para una vez allí rendir culto a los santos apóstoles Pedro y Pablo. Los peregrinos, además de visitar y rezar en sus más señaladas basílicas, reconocían y confesaban sus pecados y lo que era más importante se esforzaban por ser caritativos y ge-

nerosos con los pobres y enfermos, sin olvidarse de las grandes instituciones de la Iglesia. Recibían a cambio la indulgencia, la indulgencia plenaria con la que se garantizaba un perdón total de la pena temporal debida a los pecados perdonados.

El gran historiador Arsenio Frugoni en la primera crónica del Año Santo de 1300, publicada en 1999, nos muestra una abigarrada multitud de peregrinos llegada a Roma desde los cuatro puntos cardinales del entonces orbe católico. Una multitud sobreexcitada por una experiencia religiosa que en un marco diferente al habitual se encontraba nuevamente con Dios y con una nueva vida cristiana. Este clima de enardecimiento y entrega, piedad y fervor, generosidad y penitencia, reanimación de la vida sacramental y social, hizo que la figura de los papas fuese cobrando cada vez más importancia y que el número de peregrinos en ediciones posteriores fuese creciendo.

Entre los veinticinco Años Santos celebrados hasta el momento presente, destacamos por su transcendencia el de 1825. Convocado, pese a la negativa del Colegio Cardenalicio, por el papa León XII, marcará la dirección que a partir de estos momentos tendrán los Años Santos de la época contem-

poránea: defensa de la identidad de la Iglesia frente a los nuevos sistemas políticos, reanimación de la vida sacramental y devocional de un número creciente de peregrinos, consolidación y popularización de nuevas iniciativas sociales y educativas, demostración de la recuperación de la fe católica tras la Revolución Francesa.

Los Años Santos, en suma, no solamente han sido un momento privilegiado de evangelización, sino que, a su modo, han sido imitados por todas las iglesias particulares y aun por la sociedad civil.

2. La Reforma Católica (siglos XVI y XVII)

Si descontamos la primera evangelización de los pueblos del Norte, la evangelización del continente americano y en su tanto, aunque muy posteriormente y en mucha menor medida, la evangelización de Asia y África, la Reforma Católica puede y debe ser entendida como un período de evangelización, de nueva evangelización, cuya finalidad no fue otra que la reanimación y recuperación, primero, de la vida cristiana en una inmensa multitud de cristianos y católicos, y, segundo, de su consolidación y traducción

práctica en un mundo muy distinto del bajomedieval.

Pese a lo que pueda decirse, no fue una empresa fácil. Los muy diversos y enconados conflictos y las muy distintas maneras de pensar vigentes entonces en Europa, configuraron una evangelización en la que la experiencia religiosa individual y comunitaria, acabaron siendo garantía de una nueva manera de estar, pensar y proceder acorde con los tiempos y con la nueva identidad que la Iglesia católica se daba en Trento.

Fundamentales en esta nueva etapa evangelizadora fueron las órdenes y congregaciones religiosas reformadas, nacidas durante este tiempo, así como un clero reformado. El nuevo clero, regular y secular, arraigado en el seguimiento de Cristo, suficientemente bien formado en teología, moral y dominador e impulsor de nuevas prácticas comunicativas, fue capaz de impulsar la creación y consolidación de un sinnúmero de asociaciones de fieles, masculinas y femeninas, capaces de vivir una experiencia espiritual nueva en medio de un mundo cambiante y cada vez más alejado de los patrones de la cultura cristiana.

El método, la constancia, el entusiasmo y la peregrinación constante de estos nuevos apóstoles,

que siempre contaron con el apoyo y afecto de los papas, acabaron dando sus frutos: el pueblo retornó en su inmensa mayoría a la práctica sacramental; las nuevas iglesias, catedrales, oratorios, ermitas y lugares de culto se vieron desbordados de fieles que acudían con fe y entusiasmo a celebrar sus fiestas patronales, a cumplir con el precepto dominical y a impetrar frente a un mundo cambiante todo tipo de bendiciones. La educación, sin perder su carácter aristocrático y elitista, se tornó mucho más popular y universal; en las escuelas, colegios y universidades, sostenidas en su mayor parte gracias al ingente patrimonio de la Iglesia, además de enseñar los conocimientos que la nueva vida social y económica entonces demandaba, se propiciaba una vida virtuosa, inspirada en el evangelio y en los ejemplos de la vida de los santos, generadora de una vida social cada vez más compleja y activa.

La cultura resultante y el nervio de la vida individual, familiar, social y política terminaron siendo cristianos y católicos en el más amplio sentido de la palabra. La vida entera estaba orientada a Cristo y a la ganancia tras la muerte de un espacio en el cielo al lado de Cristo. Nada peor que una muerte sin los auxilios cristianos y sin la bendi-

ción de los sacerdotes. Nada peor en la vida que sentirse ajeno y distante del palpito y de la trayectoria de un catolicismo popular, vivo y a su modo evangélico.

3. La Restauración Católica (siglo XIX)

La cultura católica y religiosa a la que acabamos de referirnos comenzó a ser cuestionada, dentro de su propio seno, con la llegada de la Ilustración. Acabó derrumbándose de manera violenta y estrepitosa durante los primeros compases de la Revolución Francesa.

Al comienzo del siglo XIX, sin que los europeos hubiesen dejado de ser religiosos y aun de pertenecer a la Iglesia católica y a otras confesiones, nuevas cosmovisiones y maneras de estar en el mundo parecieron debilitar el sentimiento religioso con el consiguiente adelgazamiento de las prácticas devocionales y sacramentales y lo que era todavía peor para los intereses de la Iglesia y de la fe cristiana con el consiguiente deslizamiento a ideologías, sistemas de pensamiento y nuevas maneras de vivir, cada vez más alejadas de la cultura católica.

La jerarquía de la Iglesia católica, superados los calamitosos tiem-

pos revolucionarios y advenida la época de la Restauración, ansió, pese a su escasa y escuálida nómina de sacerdotes y religiosos, la recuperación de su posición en el nuevo mundo postrevolucionario y, lo que más aquí nos interesa, generó, inspirándose en los siglos de la Reforma Católica y en las necesidades y aspiraciones religiosas de un ser humano ya en parte distinto, una nueva evangelización.

Esta nueva evangelización pivotó, de nuevo, sobre las Misiones Populares. Pequeñas congregaciones de activos misioneros populares, a las que de una u otra manera perteneció el santo Cura de Ars, organizadas y gestionadas, primero, desde las capitales de las sedes diocesanas, más adelante desde las Curias y colegios de las congregaciones religiosas en trance de recuperación y renacimiento, recorrieron los campos de Francia, el Imperio, Austria, el norte y sur de Italia, la despoblada España y hasta territorios del continente americano, reevangelizando y reforzando la nueva identidad cristiana y católica que los fieles católicos necesitaban en esta nueva época.

Una reevangelización, si se quiere, tan elemental como positiva y práctica, que acabó creando, primero, y consolidando, más tarde, una tupida red de pequeñas estaciones misioneras, desde las que

religiosos y sacerdotes volvieron de nuevo a sembrar la palabra de Dios, a infundir un nuevo vigor en la experiencia religiosa del pueblo, alentando y configurando una nueva identidad católica, no exenta, muchas veces, de una cierta confrontación con las nuevas ideas y con las nuevas costumbres de una sociedad más urbanizada y en trance de industrialización, más autónoma e independiente de la Iglesia.

Cinco notas, a nuestro entender, caracterizaron esta nueva reevangelización: un nuevo fervor, una asombrosa capacidad asociativa, un incontenible y no siempre bien discernido afán misionero, una excesiva cercanía espiritual e intelectual a la tradición con una constante reivindicación en la defensa de los derechos de Dios y de la Iglesia y, finalmente, un paternalismo social en clave clasista, pero no por ello menos efectivo y contagioso.

Este nuevo fervor religioso supo captar las nuevas necesidades espirituales y los grandes vacíos psicológicos y sociales advenidos con la nueva época. Apoyándose quizás en exceso en lo más particular y propio del ser humano, su ser individual, organizaron las relaciones del hombre con Dios resucitando y readaptando devociones como la del Sagrado Corazón y las Llagas de Cristo, y dando origen a

otras muchas. Devociones en las que la pauta y la regla en exceso acabaron religando y cobijando a los nuevos devotos, primero, con la persona de Cristo, sin olvidarse, más adelante, de sus parientes y amigos: la Virgen María, San José, la Sagrada Familia. La unión con Cristo y el ejemplo y testimonio de sus familiares y amigos, asumidos y vividos en clave demasiado individualista, les aseguraron a los nuevos devotos la fuerza y el consuelo necesarios para llevar una vida cristiana y virtuosa en medio de un mundo cada vez más alejado intelectual e institucionalmente de los principios cristianos.

Por mucho que se pueda y deba criticar el individualismo de las devociones decimonónicas, todas ellas, en parte, por su propia continuidad y sobrevivencia en ámbitos católicos, en parte, por su propia dinámica apostólica, amén de ir configurando estructuras de gobierno más sólidas y permanentes, tejieron lazos de familiaridad, unión y comunión entre quienes se sentían atraídos por un modo común de sentir y de actuar en el mundo. Las terceras órdenes, algo que venía de más atrás, las diversas asociaciones y filiaciones principalmente con Roma, las reuniones anuales, los viajes y las peregrinaciones, la suscripción a boletines, revistas y

libros de todo tipo, las ayudas y sobre todo la posibilidad real de compartir un sentimiento común, hicieron que el núcleo más individualista de muchas de estas asociaciones se rompiera y expandiera en asociaciones masculinas y femeninas que en la actualidad católica todavía siguen teniendo su lugar.

El fervor no siempre discreto ni bien discernido de las diversas prácticas devocionales, una cierta capacidad de movilización y un hondo convencimiento y hasta satisfacción por formar parte de la Iglesia verdadera, alentó y llenó de iniciativas misioneras y apostólicas a los devotos del siglo XIX. La ya citada proliferación de asociaciones piadosas y devocionales sostuvo durante décadas la creación de cientos de pequeñas congregaciones religiosas, más femeninas que masculinas, con una clara vocación misionera. Las misiones exteriores no sólo se recuperaron, sino que aprovechando las ventajas de la era de las comunicaciones y de un nuevo colonialismo, poblaron el mundo entero y sembraron la palabra de Dios a lo largo de todo el mundo.

También salieron muy beneficiadas lo que cierta historiografía, referida en su caso a la historia moderna, ha llamado las misiones interiores. En parte ya nos hemos

referido a ellas; si ahora lo volvemos a hacer se debe, sencillamente, a la reconquista que dentro del ámbito occidental supuso la recristianización de la nueva cultura occidental. Con todo, en este intento de recristianizar el mundo postrevolucionario tuvieron demasiado peso criterios teológicos, morales, intelectuales, sociales y políticos que más que afrontar el presente y el futuro de la vida cristiana en clave de diálogo lo hicieron siempre con acrimonia y muy condicionados por el peso de la tradición de un mundo cuyos valores ya no eran los comunes. No es extraño, en consecuencia, que en no pocas ocasiones los objetivos de esta reevangelización se acabaran confundiendo, casi en exclusiva, con la defensa de los derechos de Dios y de la Iglesia. Una defensa, repetimos, en la que se esgrimían argumentos teológicos y eclesiológicos fundados más en la metafísica y en el nuevo derecho canónico que en la historia y en las necesidades de los pueblos.

Lo que no quiere decir que la Iglesia se olvidara del creciente ejército de los pobres que lentamente fueron conformando la destrucción del sistema social del Antiguo Régimen y la primera fase de la Revolución Industrial. Anglicanos, pietistas y evangélicos, primero, y

con el paso del tiempo los católicos, movidos unos y otros por el fuego de la caridad y por el mantenimiento de un orden no del todo bueno, pero sí querido por Dios, arrojaron con escasez de medios y con una mentalidad más de orden que de justicia las urgentes necesidades de los nuevos desheredados. Occidente se llenó de pequeñas iniciativas y obras sociales, sostenidas, unas y otras, por cristianos fervientes y muy tradicionales.

4. La civilización cristiana y la nueva evangelización (finales del siglo XIX)

Indirectamente, fruto de esta larga etapa evangelizadora fueron la recuperación de la presencia pública de la Iglesia y la consolidación tanto a nivel de los particulares como a nivel general de una nueva identidad del católico y del mundo católico; frutos que animaron a la Iglesia, sobre todo durante el largo pontificado de León XIII, a construir, en medio de una fuerte competencia exterior e interior, la civilización cristiana de los nuevos tiempos.

La dinámica emprendida para la consecución de dicho fin fue más política y circunstancial que propiamente apostólica. Política y cir-

cunstantial en cuanto la Iglesia supo aprovechar su creciente autoridad moral y su benefactora y apostólica presencia a lo largo y ancho de todo el mundo, sin olvidarse, más bien todo lo contrario, de la familia, educación, enfermos y desvalidos, mundo obrero y académico, política y cultura para en un clima de mucho más diálogo que en la etapa precedente imbuir en la cultura de su tiempo los principios cristianos y católicos por ella defendidos. Apostólica en cuanto que la Iglesia, sin alejarse en exceso de las dinámicas anteriores sobre todo en lo que respecta al mundo de las devociones y asociaciones católicas, supo ofrecer al cristiano de a pie una vida espiritual práctica y concreta, lo más concreta posible –misa dominical, comunión pascual, práctica sacramental, educación católica y prensa y formación católicas– con capacidad más que sobrada para que estos nuevos católicos, cada vez más prácticos, pudiesen seguir conquistando mayores espacios en la vida pública, en la vida social, en la política, en el arte, en la educación y en la sanidad.

Si durante la etapa precedente fueron las misiones populares el instrumento evangelizador en ésta lo serán la escuela, la prensa, las peregrinaciones, los congresos católicos y la más activa implicación de los laicos y seglares.

La escuela católica en todos sus niveles, también en el propiamente universitario, acabó reconfigurando y llenando de principios y valores cristianos no sólo a sus educandos, sino a sus familias y lugares de procedencia y destino. La prensa católica, muy a distancia hay que reconocerlo de la gran prensa de la época, mantuvo a su manera los principios católicos aprendidos en la escuela y en el seno del hogar y al mismo tiempo, más en tono apologético que verdaderamente dialogal, ofreció nuevos argumentos a sus lectores. Las peregrinaciones y las grandes concentraciones acabaron convirtiéndose no sólo en atractivas manifestaciones de la nueva cultura católica, sino en lugares y espacios donde cientos de miles, millones, de católicos daban culto a Dios y a las personas divinas y ratificaban un sentir y un obrar comunes y reconocibles. Los congresos católicos, muy en consonancia con la nueva sociabilidad del conocimiento y de la propaganda de la época, además de evidenciar la capacidad, el poder y el prestigio alcanzados por la nueva civilización cristiana, se constituyeron en hitos culturales, científicos, artísticos y hasta deportivos de lo que era capaz la civilización cristiana. Una civilización muy eclesiástica y muy clerical, pero lo suficientemente sagaz como para intuir que

la dirección, al menos cultural y social, pertenecía e incumbía por exigencia de los tiempos a laicos y seglares.

5. El protagonismo de los laicos y la nueva evangelización (primera mitad del siglo XX)

Esta nueva evangelización, la que se llevará a cabo en diversas fases a lo largo del siglo XX, pertenece claramente a los seglares católicos. Nadie como ellos sufrieron los negativos efectos de una civilización, tal como acabaron reconociéndolo los papas de la primera mitad del siglo XX, dominada por el ateísmo. Un ateísmo nuevo, un ateísmo de masas.

La Iglesia católica con el apoyo de la masa católica, un poco como le pasó frente al mundo obrero, acabó poniendo al servicio de la evangelización, iniciativas apostólicas y litúrgicas, en su raíz y pretensión más ultramontanas e integristas que vanguardistas. Iniciativas que renovaron el sentimiento religioso del pueblo católico y le dieron nueva conciencia de lo que significaba dar culto público a Dios en una sociedad que se lo negaba. Con la reforma litúrgica de comienzos del siglo XX se transformó el altar mayor de Iglesias y catedrales, punto central y

culmen de la vida católica, se reordenó por primera vez y ganó en identidad el sentimiento del católico y de la Iglesia católica. El individualismo saltaba por los aires; los cultos y los rezos particulares y privados ocuparon un discreto segundo lugar frente al peso de la asamblea del pueblo, presidida, en nombre de Cristo, por el sacerdote; la comunión sacramental se recibía únicamente dentro de la liturgia eucarística; la palabra de Dios se explicaba para que todos la entendieran y la hicieran suya; los cánticos y los diálogos dentro de la eucaristía envolvían a todos los fieles.

Conforme fue pasando el tiempo y conforme se fue popularizando y aceptando la reforma litúrgica, especialmente durante el pontificado de san Pío X, las nuevas parroquias, las parroquias urbanas, se convirtieron en los nuevos lugares de culto y de evangelización. En ellas se catequizaba de modo natural a los niños, se animaba la fe de los adultos y esposos, se celebraban exequias por los difuntos y se evangelizaba aprovechando el ritmo del Año litúrgico.

Pero no bastaba. La apostasía continuaba y se hacía especialmente poderosa e inmisericorde en el mundo científico, artístico, laboral y poco a poco educativo y formati-

vo. Será en medio de esta coyuntura, años previos a la Primera Guerra Mundial y sobre todo posteriores, cuando la Iglesia, sin aludir a una nueva evangelización, se incline por la educación en todos sus niveles, se abra y adapte a las costumbres de los más jóvenes y multiplique sus centros de apostolado entre los jóvenes y también entre las mujeres, divulgue y multiplique su doctrina por todos los medios a su alcance. Una evangelización, en cierto modo nueva, que conformó la sensibilidad y mente de una pléyade de jóvenes católicos y no católicos, supervivientes de la Gran Guerra, que andando el tiempo se enfrentarán al nihilismo y barbarie de los nuevos sistemas totalitarios: el comunismo, el nacionalsocialismo y el fascismo.

Conclusión

El contenido de estas cinco miradas históricas sobre otros tantos momentos evangelizadores y que con una cierta libertad hemos relacionado con la nueva evangelización, nos permiten presentar, a modo de conclusión, un conjunto de referencias necesarias para que la nueva evangelización que hoy quiere la Iglesia salga adelante.

Son éstas: una cierta capacidad creativa por parte de la Iglesia, especialmente en tiempos y momentos de paz social y religiosa, gracias a la cual la persona de Cristo, no los intereses propiamente eclesiásticos ni disciplinares, siguió siendo el centro de su evangelización. Cristo y su experiencia salvadora por encima de todo.

En momentos en los que por muy diversos motivos la paz social y la experiencia religiosa languidieron, la Iglesia, por una parte, miró con la mayor benevolencia posible a sus hijos y, por otra, hizo cuanto estuvo al alcance de su mano para que éstos y todos los que se sentían hijos de Dios volvieran a experimentar, dentro y fuera de la Iglesia, que solo en la persona de Cristo está la salvación. Una salvación que, a su vez, implicaba la asunción de nuevas responsabilidades en el seno de la Iglesia y nuevas misiones en el mundo.

Finalmente, sin desconsiderar más bien reconociendo la importancia y trascendencia de los religiosos y del clero en la dilatada historia de la evangelización de la Iglesia, se fue haciendo patente la presencia de los laicos, lo mejor formados posible, en la dirección de una evangelización en parte diferente a la analizada en esta páginas. ■